



«*Gaudete semper in Domino (Fil 4,4)*». La alegría de la fe a la luz del magisterio de Benedicto XVI

Javier GARCÍA-VALIÑO ABÓS
IES Valle de Leiva (Alhama de Murcia)

Resumen: La pretensión es analizar y comentar algunos textos relevantes de Benedicto XVI acerca de la alegría cristiana: su naturaleza, sus raíces o razones más hondas, su relevancia para la nueva evangelización. Se trata de un tema nuclear en su pensamiento y magisterio. Son varios discursos y homilías, que incluyen algunas referencias y evocaciones de la Jornada mundial de la juventud, celebrada en Madrid (agosto de 2011).

Palabras clave: Logos, alegría, certeza de la fe, caritas.

UN TEMA RELEVANTE PARA LA TEOLOGÍA Y PARA BENEDICTO XVI

En su mensaje para la XXVII Jornada mundial de la juventud (domingo de Ramos del año 2012), que versa sobre la alegría de la fe, decía Benedicto XVI: «la alegría es un elemento central de la experiencia cristiana». Por esta razón, la alegría de la fe es un tema relevante para la teología, en general: no sólo para la teología espiritual, sino también para la teología fundamental, porque tiene esencialmente que ver con la certeza y la credibilidad de la fe cristiana.

En la carta apostólica *Porta fidei*, siendo aún muy reciente la gozosa experiencia de la Jornada mundial de la juventud de Madrid, está muy presente el tema de la alegría y el entusiasmo de la fe: «desde el comienzo de mi ministerio como sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo». Esta renovación del entusiasmo es indispensable para la *nueva evangelización*: «también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva evangelización, para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe»¹.

La alegría de la fe está muy presente en la Escritura y en la literatura cristiana de todas las épocas. En el Nuevo Testamento aparecen con frecuencia palabras y expresiones que pertenecen al campo semántico de la alegría. Es muy significativo, por ejemplo, que Jesús declare su voluntad de comunicar su propia alegría a los discípulos: «os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (*Jn*, 15,11)².

En la *Epístola a los Gálatas* (5, 22-23), Pablo menciona el *gaudium*, gozo o alegría, como una gracia singular: uno de los frutos del Espíritu Santo. Lo menciona en segundo lugar, después de la *caritas*. La doctrina tradicional de la Iglesia distingue entre dones y frutos, y contempla la alegría como uno de los doce frutos de la acción del Espíritu Santo, que perfeccionan las almas y son primicias de la gloria futura en la vida presente.

Un signo de la importancia del tema en el Magisterio reciente es que Pablo VI le dedicó un interesante documento monográfico: la exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9-V-1975).

La alegría es también un tema bastante recurrente y en cierto sentido central en el pensamiento de Ratzinger y, sobre todo, en el magisterio de Benedicto XVI: es un elemento importante del precioso legado que nos ha dejado. La importancia que él otorga a la alegría de la fe estriba principalmente en el hecho de que siempre aparece asociada a dos temas que son como ejes principales de todo su magisterio oral y escrito: la verdad y el amor.

Dios es *Lógos* y es Amor. La racionalidad y verdad de la fe cristiana, y el *agápe* o *caritas*, están armónicamente articulados. La razón y la fe están llamadas a colaborar en la búsqueda incesante de la verdad³. La fe ilumina la razón

1 BENEDICTO XVI, Carta apostólica (en forma de *motu proprio*) *Porta fidei*, con la que se convoca el Año de la fe, 11-X-2011, n. 7.

2 «Haec locutus sum vobis, ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur».

3 «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (JUAN PABLO II, carta encíclica *Fides et ratio*, sobre las relaciones entre la fe cristiana y la razón, 14-IX-1998, introducción).

y dilata su horizonte, y la labor crítica y metódica de la razón, que ilustra la verdad revelada, nos preserva del peligro de caer en el fideísmo: un peligro que nos acecha de un modo especial a los cristianos de esta época, marcada por el cansancio de la razón occidental, la crisis de la noción misma de verdad, la «dictadura del relativismo» y un claro primado de las emociones y sentimientos sobre lo racional y lo volitivo.

Pues bien, la alegría de la fe emerge justamente no sólo en la certeza de la fe como fuente o vía de conocimiento, sino sobre todo en la conjunción existencial y práctica de verdad y amor: *veritatem facientes in caritate* (Ef 4,15), obrando la verdad en el amor, puesto que, a la luz de la Revelación, sabemos que Dios mismo es amor⁴ y que su Palabra es siempre verdadera. Por eso, nos dice Benedicto: «para permanecer en la alegría, estamos llamados a vivir en el amor y en la verdad, a vivir en Dios»⁵.

DIOS ES ALEGRÍA INFINITA

La importancia teológica de la alegría se hace más patente cuando la contemplamos como algo que pertenece a la esencia misma del Dios vivo. En este sentido, afirma Pablo VI: «en el mismo Dios, todo es alegría, porque todo es un don»⁶. Benedicto XVI define a Dios como alegría infinita: «en realidad, todas las alegrías auténticas (...) tienen su origen en Dios, (...) porque Dios es comunión de amor eterno, es *alegría infinita* que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquéllos que Él ama y que le aman». Ciertamente, si Dios es el sumo bien, entonces ha de comunicarse y difundirse, porque «est enim bonum diffusivum sui»⁷, el bien es difusivo de suyo, afirma Tomás de Aquino. En este sentido, «Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna (...). La primera causa de nuestra alegría es la cercanía del Señor, que me acoge y me ama»⁸. Por eso, Pablo exhorta así a los filipenses: «alegraos siempre en el Señor. Os lo repito: alegraos. (...) El Señor está cerca» (Fil 4,4)⁹.

4 «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16).

5 BENEDICTO XVI, Mensaje para la XXVII Jornada mundial de la juventud (1-IV-2012), n. 5.

6 PABLO VI, Exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9-V-1975).

7 TOMÁS DE AQUINO, *De potentia*, q. 7, a. 5, ad 7.

8 BENEDICTO XVI, Mensaje para la XXVII Jornada mundial de la juventud (1-IV-2012), n. 2.

9 «Gaudete semper in Domino. Iterum dico: gaudete. (...) Dominus prope est».

LA VOCACIÓN DE TODO HOMBRE A LA ALEGRÍA

En la tradición filosófica antigua, patrística y medieval, desde Aristóteles hasta los maestros escolásticos del Medievo, se considera la felicidad (*eudaimonía* o *beatitudo*), la alegría perfecta, como el *télos* o *finis ultimus*: el fin último de toda la acción humana o la meta en sentido escatológico. Desde una perspectiva fenomenológica, podemos constatar en la experiencia humana una búsqueda incesante de la alegría. En este sentido, Benedicto XVI afirma: «la aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia». Hay, pues, una vocación universal a la alegría, que está en la voluntad creadora de Dios: «la voluntad de Dios es que nosotros seamos felices»¹⁰, que vivamos en la alegría, en el tiempo y más allá del tiempo: en la vida eterna. Es como una reformulación de la sentencia paulina: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4).

CERTEZA DE LA FE Y ALEGRÍA CRISTIANA

La teología fundamental no puede pasar por alto el contexto cultural de los hombres y mujeres que hoy se interrogan sobre la validez de la fe como vía de acceso al Dios verdadero. En cualquier contexto cultural, y con mayor razón en el nuestro, es muy notable el valor de la alegría como testimonio convincente de la fe: «en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y la fiabilidad de la fe cristiana». En efecto, la alegría habitual de los cristianos, una alegría auténtica, profunda y duradera, es un signo inequívoco y «necesario», aunque no suficiente, de la verdad y fiabilidad de la fe que profesan.

Además, en virtud del vínculo natural de la alegría con la belleza, la fuerza atrayente de la alegría es tan grande que puede invitar a muchos a recorrer, a la luz de la fe, el camino hacia Dios como *via pulchritudinis*: la vía de la belleza, cuyo esplendor percibimos en la creación, en el arte, en la liturgia cristiana. En este sentido, es relevante que san Buenaventura habla del mundo como *vestigium Dei*, vestigio de Dios: la alegría que experimentamos al contemplar con fruición estética la naturaleza, es un estímulo que, unido a la certeza de la fe en el Creador, nos impulsa a recorrer el camino hacia Él.

10 *Ibidem*, n. 5.

Ateniéndonos ya más estrictamente al marco teórico de la teología fundamental, podemos preguntarnos si la alegría cristiana tiene algo que ver con la cuestión de la credibilidad o la razonabilidad de la fe: ¿hay alguna relación entre credibilidad y alegría?; ¿no podemos decir que las razones para creer, si las hay, son al mismo tiempo «razones para la alegría»¹¹?; ¿no es acaso la alegría de la fe una alegría «razonable», una alegría justificada, bien fundada?

En esta línea de reflexión, Benedicto se pregunta: «¿de dónde viene la alegría?, ¿cómo se explica?». Y responde: «lo decisivo es la *certeza* que proviene de la fe: la certeza de que «yo soy amado; tengo un cometido en la historia; soy aceptado, soy querido. (...) Sólo la fe me da esta certeza: «es bueno que yo exista»; es bueno existir como persona humana, incluso en tiempos difíciles».

Así, pues, en el origen de la alegría está la certeza que proviene de la fe. Pues bien, esta certeza es una seguridad: es la seguridad que tiene el creyente de que algo es verdad. Y esta verdad es la que se puede expresar en esta proposición: yo soy aceptado, acogido y amado incondicionalmente por Alguien que quiere hacerme partícipe de su vida íntima (que es ubérrima), de su sabiduría y bondad infinita. De hecho, yo existo porque Él, amándome, me ha dado el ser: «amor, ergo sum», soy amado (por Él), luego existo. Por esta razón, es muy bueno que yo exista, que yo esté en el mundo. No soy fruto del azar o la casualidad, como dice J. Monod. No soy un mero *Dasein*, un «ser-ahí» arrojado al mundo, un *Sein-zum-Tode*, «ser-para-la-muerte», como dice Heidegger. El hombre no es una «pasión inútil», como dice Sartre. Mi vida no es un absurdo, no estoy abocado a la angustia ni a la náusea. Nuestra libertad no es una condena; antes al contrario, es un don que pone de manifiesto la alta dignidad del ser humano¹². No he sido «arrojado» a un territorio inhóspito, sino que he sido creado por la voluntad amorosa de un Ser personal, inteligente y providente, que quiere hacerme partícipe de su alegría infinita. El mundo está bien hecho: sigue siendo bueno y bello, aunque el hombre lo haya distorsionado y afeado en cierta medida. (También lo ha humanizado y hecho más habitable mediante el trabajo). Y estoy en el mundo con una vocación, un cometido, una misión, que sólo puedo cumplir libremente. Por eso, mi existencia en el tiempo tiene valor y sentido, pase lo que pase. Hay mal y pecado, pero también hay redención: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (*Rom 5,20*). Pues bien, esta certeza es la fuente inagotable de nuestra alegría.

11 Cfr. el ensayo de J. L. MARTÍN DESCALZO, *Razones para la alegría*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 2ª ed. 1985.

12 Cfr. J.-P. SARTRE, *El existencialismo es un humanismo*. Según Sartre, «el hombre es una pasión inútil». La experiencia metafísica del absurdo del mundo es la *náusea*; la experiencia metafísica de esta libertad *para nada*, de esta libertad inevitable y absurda, es la *angustia*.

La argumentación de Benedicto contrasta con el ambiente relativista, escéptico y más o menos pesimista sobre la condición humana, que nos envuelve. Vale la pena transcribir este texto, tomado de un discurso a la curia romana en vísperas de la Navidad del año 2011: «J. Pieper, en su libro sobre el amor¹³, ha mostrado que el hombre puede aceptarse a sí mismo sólo si es aceptado por algún otro. Tiene necesidad de que haya otro que le diga, y no sólo de palabra: «es bueno que tú existas». Sólo a partir de un «tú», el «yo» puede encontrarse a sí mismo. Sólo si es aceptado, el «yo» puede aceptarse a sí mismo. Quien no es amado ni siquiera puede amarse a sí mismo. Este ser acogido proviene sobre todo de otra persona. Pero toda acogida humana es frágil. A fin de cuentas, tenemos necesidad de una acogida incondicionada. Sólo si Dios me acoge, y estoy seguro de ello, sabré definitivamente: «es bueno que yo exista». Es bueno ser una persona humana. Allí donde falta la percepción del hombre de ser acogido por parte de Dios, de ser amado por Él, la pregunta sobre si es verdaderamente bueno existir como persona humana, ya no encuentra respuesta alguna. La duda acerca de la existencia humana se hace cada vez más insuperable. Cuando llega a ser dominante la duda sobre Dios, surge inevitablemente la duda sobre el mismo ser humano. Hoy vemos cómo esta duda se difunde. Lo vemos en la falta de alegría, en la tristeza interior que se puede leer en tantos rostros humanos»¹⁴.

En la experiencia humana, el descubrimiento de la verdad, el bien y la belleza, y el compromiso existencial y práctico con ellas, son siempre fuente de alegría, aun en medio de contradicciones y tribulaciones de cualquier tipo. Decía Nietzsche: «nunca creas en ninguna verdad que no lleve consigo, al menos, una alegría». Pues bien, la verdad que hemos expresado, siguiendo a Benedicto, lleva consigo una alegría honda, que tiende a comunicarse. «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él», dice el apóstol Juan (*1 Jn* 4,16). Así, pues, desde el punto de vista epistemológico, la alegría cristiana es algo consistente, sólido, bien fundado: es la consecuencia natural y lógica de una certeza acerca del sentido de la propia existencia y de toda la realidad.

UNA EXPERIENCIA MAGNÍFICA

Dice el salmista: «laetetur cor quaerentium Dominum» (*Sal* 105,3), alégrense el corazón de los que buscan al Señor. En este sentido, Romano Guardini escribía: «la fuente de la alegría se encuentra en lo más profundo del interior

13 Cfr. J. PIEPER, *El amor*, Rialp, Madrid 1972.

14 BENEDICTO XVI, Discurso a los miembros de la curia romana, (22-XII-2011), n. 5.

de la persona (...). Ahí reside Dios. Entonces, la alegría se dilata y nos hace luminosos. Y todo aquello que es bello es percibido en todo su resplandor».

Benedicto XVI observa también que «la fe alegra desde dentro». Y añade: «ésta es una de las experiencias maravillosas de las Jornadas mundiales de la juventud». Por eso, Benedicto menciona la alegría como una característica muy notable en la *espiritualidad* de las jornadas mundiales de la juventud¹⁵. Esta alegría se ha manifestado de un modo sorprendente en la Jornada de Madrid (agosto de 2011), que el Papa alemán califica de «magnífica»: «la magnífica experiencia de la Jornada mundial de la juventud, en Madrid, ha sido también una medicina (como un antídoto) contra el cansancio de creer»¹⁶, porque la alegría de la fe se ha vivido y expresado, en esa jornada, con un formidable potencial terapéutico, como un dinamismo profundamente renovador y rejuvenecedor.

ALEGRÍA CRISTIANA Y REALISMO

La alegría cristiana, fruto del Espíritu y de esa certeza íntima, es una disposición firme y estable del alma y un modo habitual de estar en el mundo. Se trata de una alegría integral e integradora, que afecta a los tres dinamismos de la persona: el espiritual, el psíquico y el corporal.

Por otra parte, es también una alegría que no nos impide en modo alguno ser realistas, es decir, no engendra una visión distorsionada o ilusoria de la realidad, o un optimismo infundado. Antes al contrario, limpia y dilata las pupilas del alma, nos ayuda a ser más realistas: a ejercer un realismo humano y sobrenatural, a atenernos fielmente a la verdad teórica y práctica, a lograr un conocimiento más sapiencial y un discernimiento práctico o moral más certero. En este sentido, san Josemaría Escrivá dice: «Fe, alegría, optimismo. –Pero no la sandez de cerrar los ojos a la realidad» (J. Escrivá de Balaguer, *Camino*, n. 40).

A MODO DE EPÍLOGO: EL GOZO DE MARÍA, CAUSA NOSTRAE LAETITIAE, Y EL GOZO DE LA IGLESIA.

Cuando la Virgen María recibe la visita del arcángel Gabriel, éste comienza la anunciación con una clara exhortación a la alegría mesiánica: *chaïre*, «alégrate, regocíjate» (Lc 1,28). Juan Pablo II comenta: «a este anuncio apunta toda la historia de la salvación; es más, en cierto modo, la historia misma del mundo». El acontecimiento de la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios es fuente

15 Cfr. *Ibidem*.

16 *Ibidem*, introducción.

inagotable de alegría. Y también lo es el acontecimiento de la Resurrección del Señor, como se expresa en la liturgia pascual: «con esta efusión de gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría». En este sentido, podemos decir que la *plenitudo temporum*, la plenitud de los tiempos, se cumple bajo el signo de la alegría (y también, de un modo inseparable, bajo el signo de la cruz): está, pues, marcada por la exultación y el júbilo.

Por eso, pienso que, desde el día de Pentecostés hasta hoy, la auténtica revolución cristiana ha sido siempre como una explosión o desbordamiento de la alegría que suscitaron aquellos acontecimientos salvíficos. Una alegría que ha aflorado o se ha intensificado con acentos nuevos en ciertos momentos de renovación o reforma en la historia de la Iglesia, en el empeño por volver a las fuentes; por ejemplo, en los comienzos de la reforma monástica cisterciense, impulsada por san Bernardo de Claraval en el s. XII; en la fundación y expansión de los dos órdenes mendicantes –franciscanos y dominicos– en el s. XIII; o en la espléndida floración de nuevas realidades eclesiales laicales durante el s. XX, como un retorno a la vida de los primeros cristianos en medio del mundo.

Al reflexionar sobre los misterios de gozo del santo Rosario, queriendo contemplar con María el rostro de Cristo, Juan Pablo II pone de relieve el secreto de la alegría cristiana: «meditar los misterios «gozosos» significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana y en su sentido más profundo. (...) María nos ayuda a aprender el secreto de la alegría cristiana, recordándonos que el cristianismo es, ante todo, *eu-angélion*, «buena noticia», que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del mundo».